

EMILIANO TEJERA

PAGINAS DE HONORES PÓSTUMOS

PROLOGO DEL LIBRO PALABRAS INDIJÉNAS DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO.

Grande honor es para mí prologar la obra filológica que dejó iniciada el sabio investigador dominicano D. Emiliano Tejera Penson y ha terminado su hijo D. Emilio Tejera Bonetti.

Fué Emiliano Tejera (1841-1923) uno de esos hombres de ciencia que se daban en la América española del siglo XIX y que de verdad pertenecían al siglo XVIII. En medio de los rápidos avances y la inmensa difusión de la falsa ciencia, improvisadora y ostentosa, ellos se mantenían en la devoción severa de la verdad. Para las gentes superficiales, eran hombres anticuados. No eran anticuados: eran antiguos. No adoptaban teorías nuevas ni técnicas de moda: les bastaba, para no equivocarse, la sana desconfianza ante las hipótesis todavía en discusión y ante los datos inseguros. Su criterio era sencillo: atenerse a los hechos indudables. Su método era claro: reunir todos los datos posibles.

Emiliano Tejera, además, fué modesto. En Santo Domingo, encerrado en su arcaica botica de la calle del Conde de Peñalva, entre los morteros de piedra y los potes de porcelana con palmeras pintadas, amasó conocimientos de botánica, y de farmacopea, de derecho y de historia, de lenguas clásicas y de literaturas modernas. Escribía admirablemente, pero no tenía aficiones ni menos vanidades de escritor: escribía por deber. En dos ocasiones solas emprendió obras de aliento: una vez, para trazar la historia de los restos de Colón, descubiertos por azar en Santo Domingo en 1877; otra vez, para trazar la historia de los límites del país con su vecino Haití, en 1896. Trató ambos temas con erudición formidable; nadie conocía como él la historia colonial de Santo Domingo, ni dominaba los vastos horizontes en que se enlaza con la historia universal.

Ahora sabemos que, a lo largo de sus lecturas, inició este diccionario de palabras indígenas de la isla de Santo Domingo. Pero el trabajo estaba sólo en esbozo, y ahora su hijo Emilio —digno sucesor— lo ha completado: a él se le debe la mayor parte de la obra, constituída por los textos antiguos que ilustran cada palabra. Friederici, en su *Hilfswörterbuch für den Amerikanisten*, había indicado textos donde se emplean las palabras indígenas; aquí hallaremos, no sólo esos textos, cuando se refieran a vocabulario de los indios antillanos, sino muchos nuevos, y además muchos nuevos vocablos, aunque sean de origen dudoso, incluyendo enorme repertorio de nombres de personas y de lugares.

Así organizada, la obra es de excepcional valor. No contiene discusiones ni disquisiciones filológicas: se limita a incluir las palabras indígenas que los viejos cronistas recojieron en sus escritos y las que se conservan hoy en el español de Santo Domingo. Todo lo que a los señores Tejera les ha parecido indígena está recojido aquí. Y así es mejor. Ya vendrán investigaciones posteriores a separar las palabras auténticas de las dudosas. Pero las dudosas tienen su interés propio, deben recogerse antes de su desaparición posible, y no pocas resultarán enigmas lingüísticos.

La obra de los señores Tejera se contará desde luego como valiosa mina para la filología de América.

Pedro Henríquez Ureña.

1935.

